

Descubrimiento de Fernando Iwasaki

Eduardo Chirinos

Se me ha pedido que participe en esta mesa presentando un libro -el que quiera- de Fernando Iwasaki. No sabía Teresa Velázquez el menudo dilema que me proponía, porque tan difícil es hablar objetivamente de un viejo y querido amigo, como elegir entre su ya copiosa obra un solo libro sin desencadenar el justísimo resentimiento de los demás. De arranque decidí que al menos lo primero no tenía por qué ser un problema, así que no hablaré “objetivamente” de mi amigo, sino que aprovecharé para decir que ésta no es la primera ocasión en que la vida nos ha vuelto a juntar en la misma mesa. La vida, que por lo general tiende a crear celadas para separar a los amigos, se ha empeñado en juntarnos, desde los míticos cumpleaños infantiles pasando por las vacaciones veraniegas en Playa Hondable, hasta las amanecidas de melancólica ebriedad en la calle Ángeles de Sevilla y el silencioso otoño de New Brunswick, donde nos despedimos por última vez hace poco más de un año. ¿Por qué cuento todo esto? Porque más allá de la cuestión anecdótica, la obra narrativa de Fernando tiene una para mí un significado muy especial sobre el que quiero reflexionar un poco en voz alta con ustedes.

Pertenecientes a la misma generación, criados en un medio familiar más bien nutrido y con resonancias castrenses, educados en colegios católicos y en la misma universidad, fue inevitable que me convirtiera en un lector atento y privilegiado de los

cuentos que empezó a entregar a la imprenta allá por 1987. El universo narrativo que Fernando inauguraba con *Tres noches de corbata*¹ no podía entonces serme ajeno, y no porque tuviera acceso a las claves de iniciado, sino porque había en ellos una sensibilidad que reconocía como propia. Leyendo esos relatos percibí lo que sus cuentos y ensayos posteriores habrían de confirmarme: que Fernando tenía la habilidad para relatar, con esa gracia que le es tan característica, todo aquello que yo estaba destinado a conservar en la memoria, o a reelaborar con el transcurrir del tiempo para convertir en poema. Dicho de otro modo: me hizo ver que mientras la poesía cubre con sus velos la experiencia (esos velos que de tan transparentes lo dejan todo al desnudo), el relato desmonta la maquinaria de la memoria, de este modo no solo la oculta, sino que la convierte en un acto de enojoso —o divertido— exorcismo emocional. Algunas veces, en la intimidad, le he reprochado a la poesía su negativa a otorgarme la satisfacción de un ajuste de cuentas, vale decir de una venganza contra una realidad que tercamente se niega a modificarse a mi favor. A veces me escucha. Es entonces cuando el canto se convierte en cuento y los géneros establecen una secreta y severa alianza de la que, sin embargo, me siento excluido. Por eso me resulta tan placentera la lectura de los cuentos de Fernando: sé que detrás de ellos hay un gran manipulador, un terrible demiurgo capaz de reírse de sí mismo, un escritor que tiene en el hombro izquierdo el diablo de la ironía y la burla, y en el hombro derecho el ángel de la poesía que asoma insospechadamente en cualquier línea suya. A veces, luego de su lectura, me quedo con la sensación de haber asistido a una inusitada pelea de box donde ambos, ángel y demonio, deciden irse juntos de parranda a celebrar el empate. Y esto es particularmente

¹ *Tres noches de corbata*. Lima: Ediciones AVE, 1987 y 1989. La tercera edición es española: Huelva: Diputación Provincial del Huelva, Colección El Fantasma de la Glorieta, 1993.

exacto para “La invención del héroe”, tal vez el cuento peruano que he visitado más veces para reírme en los momentos en que más lo necesitaba. En este relato, el borgianismo es una pista más bien inútil y hasta desorientadora, la intelectualidad manifiesta e incluso la coquetería culturalista están al servicio de una trama visual donde no es difícil “ver” a Rodolfo, el inefable profesor de literatura, saboreando su arrocito con leche, o al “machote” Yauri intentando entender las novelas policiales que habrían de ayudarlo a resolver los más hilarantes enigmas.

El humor de Iwasaki —a veces sarcástico y amable como el de Palma, a veces ingenioso y callejero, como el de palomilla de barrio— ofrece, a mi modo de ver, sus mejores resultados cuando funciona como el enmascaramiento de un sujeto que se sabe risible y que además sabe reírse. En este sentido muchos de sus cuentos funcionan como una suerte de catarsis revertida: el sujeto se ríe (y fuerte) de sí mismo para adelantarse a la posibilidad que los otros lo hieran, pero a la vez abre silenciosamente las compuertas para que cada quien descubra su parte más risible, aquella que calla y trata de olvidar incrementando con el tiempo su propio dolor. Las negativas amorosas y las tribulaciones eróticas que salpican un libro como *A Troya Helena* (Los Libros de Hermes: Bilbao, 1993) podrían configurar un museo de los deseos y las fantasías sexuales que devastaron a toda una generación de peruanos, a la que haría muy bien leerse en el espejo de sus propios fracasos antes de inventar las hazañas sexuales que el machismo inventa para celebrarse a sí mismo.

Cuando ese humor se pone al servicio de la animación de cricones, documentos y folios, nos hallamos ante una de las variantes más felices de lo que se ha dado en llamar la “narrativa histórica”. Ni saqueo de fuentes, ni mucho menos manipulación

informativa, la propuesta de *Inquisiciones Peruanas*² juega con la herencia consagrada de Ricardo Palma y Jorge Luis Borges: a semejanza del primero, Iwasaki activa y recrea situaciones consignadas en la Lima colonial; a semejanza del segundo, arruina las delgadas convenciones que separan la ficción de la historia. Pero las diferencias son más notables. Iwasaki prolonga y subraya con delectación aquello que Palma, no sabemos si por pudor o por cautela, prefirió relegar a sus tradiciones “en salsa verde” que han cobrado tanta fama editorial. Pero ni siquiera en la más atrevida y popular de esas tradiciones veremos “los dedos de los santos comisarios hurgando el sexo de María Pizarro en busca de estigmas malditos”, ni las visiones infernales de la lujuria poniendo a prueba la castigada castidad del venerable jesuita Luis López, ni las alucinantes holganzas eróticas de Nuestro Señor Jesucristo con “la voladora” Doña Inés de Velasco. De más está decir que en el terreno de la carnalidad erótica (no en el de la expresión del erotismo como deseo), nuestro siempre admirado Borges destaca más bien con modestia.

Valgan estos someros apuntes como introducción al libro de Fernando que finalmente elegí para comentar esta noche: *El descubrimiento de España*. Publicado en 1996 en la colección Jovellanos, este libro manifiesta desde la primera página su incomodidad ante las convenciones del catálogo: no se trata en sentido estricto de una colección de ensayos, ni de un conjunto de relatos de ficción, tampoco de memorias más o menos fragmentadas. En la nota de la contracarátula, Guillermo Cabrera Infante — quien ha practicado con asiduidad y brillantez las tres variantes mencionadas— advierte que es “simplemente, literatura”, y celebra la intención deleitadora del libro que, de contrabando, porta otra intención no menos importante: la de ser instructivo. Decir de

² Su título completo es: *Inquisiciones Peruanas. Donde se trata en forma breve y compendiosa de los negocios, embustes, artes y donosuras con que el demonio inficiona las mentes de incautos y mamacallos*. Sevilla: Padilla Libros Editores & Libreros, 1994.

un libro que es “simplemente, literatura” en un momento en que la crítica académica se adentra en los derroteros de los estudios culturales y considera incorrecta la dedicación exclusiva a lo que despectivamente llaman “literatura”, es una anacronía o una deliberada provocación que podría conducir a malentendidos. *El descubrimiento de España* no es un libro anacrónico ni mucho menos provocador, es sí un libro que provoca leer y releer porque saca a relucir los resortes más ocultos de nuestro ser social hispánico. Resortes que solo pueden ser activados si en algún momento de nuestra vida hemos participado —aunque sea sin saberlo— de la vida cotidiana española: haber crecido escuchando las canciones de Marisol y el Dúo Dinámico, haberse educado en las imaginativas y castizas imprecaciones de monjas, hermanos y curas que hablaban como el Maciste dominguero, haberse enamorado con las canciones de Raphael o Mocedades, son privilegios que definen una generación, y marcan una secreta complicidad. Pero claro, lo hispánico no se detiene en esos elementos en apariencia tan superficiales: allí comienzan más bien, y giran irrevocablemente hacia atrás, multiplicando las más insospechadas filiaciones. No necesito invocar el recuerdo de intelectuales y escritores peruanos que al descubrir España se descubrieron a sí mismos: pienso en Vallejo escribiendo y luchando con la “frente impersonal” en favor de la República española; pienso en Arguedas entusiasmándose al comprobar las similitudes entre las comunidades andinas y las comunidades de Sayago en pleno corazón de España. Y si cito juntos a Vallejo y a Arguedas es para desmontar de una vez el consagrado prejuicio que asocia lo hispánico con lo conservador que todavía cuelga como sambenito sobre cualquiera que declare su simpatía manifiesta hacia España. ¿Cuál España?, preguntarán algunos, alegando que la España de Riva Agüero no es la misma que la de Arguedas, pero no está en nuestras manos tomar el escalpelo y

seccionar de esa conflictiva y sangrienta unidad, aquélla a la que le debemos nuestra pasión y nuestra gratitud.

Pasión y gratitud. No encuentro mejores palabras para definir este libro, por lo demás tan indefinible. Allí está no solo lo que Fernando le debe a España (su familia y su querencia, lo que no es poco decir), sino lo que ya le debía desde que era un niño, porque *El descubrimiento de España* participa a su modo de una cualidad propia de ciertos libros de ficción biográfica: el de organizar un argumento en torno a un personaje que se descubre a sí mismo escarbando meticulosamente su infancia para confrontarla con las demandas del presente. Así, las preocupaciones históricas, sociales y literarias encuentran acomodo en el amplio formato de las memorias personales y descubrimos que detrás del historiador profesional que es Fernando se encuentra el contador de historias, el insatisfecho que no se conforma con los datos mezquinos de la realidad y decide llenar sus vacíos e imprecisiones con “literatura, simplemente”. En este sentido es particularmente conmovedor el texto dedicado a los “españoles apócrifos”, texto que conoció una primera versión académica en la revista *Hueso Húmero*, una segunda versión más literaria en este libro, y finalmente la ficción titulada “el Derby de los penúltimos” que le valió el primer premio Copé de cuento hace pocos meses. El camino hacia la vindicación y el descubrimiento de Félix del Valle comenzó en la investigación académica y culminó en la ficción pura. Es importante señalar que es ésta y no aquélla la que ha permitido la popularidad social que merecía un autor hasta ahora tan oscuro y tan olvidado.

Pero mientras Fernando Iwasaki se instaló en Sevilla para descubrir, como él mismo lo dice, que su casa no es el lugar de donde sale, sino antes bien el lugar al que regresa; Felipe Sassone, Rosa Arciniega y Félix del Valle se convirtieron en españoles apócrifos:

los primeros de una larga lista de nombres que serán ignorados por los historiadores de la literatura peruana, hasta que alguna mano traviesa y piadosa los desentierre y convierta en lo que siempre debieron ser: “simplemente literatura”. No a otra cosa aspiramos aquellos que nos dedicamos con tanta terquedad a esas ocupaciones.